

Patrimonio filosófico: el valor y la necesidad de la filosofía

Philosophical Heritage: The Value and Necessity of Philosophy

Manuel BERMÚDEZ VÁZQUEZ

Universidad de Córdoba

manuel.bermudez@uco.es

Resumen: El concepto de patrimonio filosófico hace referencia a la influencia heredada proveniente de la filosofía y que ha moldeado las sociedades en las que estamos insertos. Nuestra forma de pensar, de entender la realidad, de comprender el mundo y de relacionarnos unos con otros es heredera directa de las ideas que a lo largo de la historia intelectual han ido progresando a través de la discusión, el análisis y la crítica filosóficas. Esta idea de patrimonio filosófico tiene dos enfoques principales que no tienen por qué estar enfrentados. Por una parte, puede servir para la creación de nuevos productos culturales para aumentar la oferta turística de un lugar y fomentar, de este modo, el crecimiento económico. Por otra parte, el patrimonio filosófico puede resultar tremendamente útil para dotar a la ciudadanía de las herramientas filosóficas adecuadas para afrontar los serios desafíos que se atisban en el horizonte de la humanidad y para reforzar los mimbres sobre los que se sostienen las democracias contemporáneas.

Palabras clave: filosofía, patrimonio filosófico, humanidades, turismo, cultura.

Abstract: The concept of philosophical heritage refers to the inherited influence of philosophy that has shaped our societies. The way we think, the way we understand reality is a direct heir to the ideas that throughout intellectual history have progressed through philosophical discussion, analysis and criticism. The idea of philosophical heritage has two main approaches that are not at odds with each other. On the one hand, it can be used for the creation of new cultural products to increase the tourist offer of a place and thus foster economic growth. On the other hand, philosophical heritage can be tremendously useful in providing citizens with the appropriate philosophical tools to face the serious challenges that are looming on the horizon of humanity and to strengthen the foundations on which contemporary democracies are built.

Keywords: philosophy, philosophical heritage, humanities, tourism, culture.

Fecha de recepción: 27/4/2021

Fecha de aceptación: 22/11/2021

Introducción

El concepto de patrimonio filosófico existe desde hace apenas poco más de un lustro. Entre los primeros autores en mencionarlo está el alemán Thomas Ebers (Ebers, 2014) y el catalán Jordi Arcos Pumarola (Arcos, 2016; Arcos, 2017). Sin embargo, a poco que reflexionemos sobre la idea que hay detrás del concepto no podemos sino dar cuenta de lo obvio del asunto: de la misma forma que existe patrimonio cultural, artístico, arquitectónico o histórico merece un hueco en este elenco el patrimonio filosófico. Una definición en profundidad de la idea de patrimonio filosófico apenas se ha tanteado en algún capítulo de libro (Bermúdez, 2021), en algún artículo (Arcos, 2017) o en algún Trabajo Fin de Grado (Sillero, 2020). Si nos proponemos hacer una exposición *in extenso* de la idea y analizar con detalle los diversos elementos que la configuran, así como las repercusiones de todo tipo que puede conllevar (desde filosóficas hasta económicas), es importante, antes de nada, tratar de presentar una definición que nos permita funcionar críticamente. Dicho con otras palabras, el primer paso de todo estudio filosófico deber ser el establecimiento cuidadoso de los términos analizados, de ahí que nos corresponda ahora presentar nuestra tentativa de definición.

El concepto de patrimonio filosófico hace referencia a la influencia heredada proveniente de la filosofía y que ha moldeado las sociedades en las que estamos insertos. El patrimonio filosófico consiste en la influencia que la filosofía ha ejercido a lo largo de la historia para moldear la forma de entender la realidad que

tiene una sociedad. Esa forma de entender el mundo que nos rodea, heredada desde el pasado, no siempre es tangible ni clara, pero está ahí presente. Es patrimonio porque se trata de unos contenidos, unas ideas, unas formas heredadas; y es filosófico porque nos referimos a unas ideas que se vertebran alrededor de la comprensión del mundo, la verdad, la belleza, la naturaleza o el sentido de la vida.

Vivimos en un periodo paradójicamente filosófico. Digo paradójicamente porque en el ámbito educativo sí da la impresión de que estamos en un momento antifilosófico, sobre todo a causa de la paulatina desaparición de los contenidos de filosofía en todos los niveles del sistema educativo, mientras que en la vida cotidiana muchas personas buscan las respuestas a las preguntas que el quehacer vital provoca en la propia filosofía. La sociedad busca las respuestas a sus preguntas transcendentales, *velis nolis*, en la filosofía. Ahí radica la paradoja. Así pues, asistimos a un auge casi sin precedentes de los libros de filosofía, las tertulias filosóficas, los programas de radio con secciones de filosofía, los canales de vídeos sobre filosofía y los blogs de estas temáticas.

La filosofía lleva un siglo y medio, prácticamente desde la muerte de Hegel en 1834, afrontando el desafío de aquellos que proponen su defunción o su disolución en otros saberes (ciencia, psicología, pedagogía). Sin embargo, incluso para firmar el acta de desaparición de la filosofía habría que hacerlo siguiendo elementos y argumentos filosóficos, lo que no haría sino aumentar la mala salud de hierro de esa enferma que es la filosofía y que, vistas así las cosas, tiene asegurada su pervivencia mientras exista el hombre (D'Agostini, 2000: 43-45). Y resulta razonable que esto sea así. Vivimos en un mundo hipertecnológico en el que el

dominio de la técnica resulta imprescindible para poder progresar y ello ha conducido a una extraordinaria especialización de modo que, como diría aquel, hemos alcanzado la apoteosis de una sociedad de expertos y estos son, no lo olvidemos, aquellos que empiezan sabiendo muchísimo de algo muy pequeño y terminan sabiéndolo todo de nada. Frente a esta situación problemática se sitúa la filosofía, con ese afán abarcador en el que se plantea las preguntas sobre el ser en su totalidad, haciendo uso del saber reflexivo y crítico. Parecen dos extremos enfrentados, pero en realidad no son sino las caras de una misma moneda: la razón del ser humano.

Siguiendo, pues, esta senda, podemos establecer sin ambages que el concepto de patrimonio filosófico presenta dos enfoques. Estos enfoques son, por una parte, la utilización del concepto de patrimonio filosófico como elemento de creación de una oferta de productos culturales y turísticos con un afán fundamentalmente de desarrollo económico de un área (Bermúdez, 2021). Por otra parte, está la apuesta por el fomento de patrimonio filosófico como una herramienta que refuerce los mimbres básicos sobre los que se teje una sociedad democrática como la nuestra: una sociedad amenazada por el auge de la demagogia, el populismo, las noticias falsas y la posverdad no puede permitirse el lujo de desechar los contenidos de pensamiento crítico inherentes a la filosofía, de ahí que el fomento del patrimonio filosófico sirva, en última instancia, como uno de los mejores instrumentos para potenciar una ciudadanía crítica y activa y más resistente frente a todas esas amenazas que se ciernen sobre el horizonte (Bermúdez y Casares, 2021). Es de esta última vertiente, la de la filosofía como valor y como necesidad, de la que nos vamos a ocupar en las siguientes páginas, pues ya en otra parte nos ocupamos de la primera idea (Bermúdez, 2021).

El valor y la necesidad de la filosofía

Pocas cuestiones hay más atingentes a las problemáticas actuales que la filosofía. Se dice que en filosofía las preguntas son más importantes que las respuestas, pues justamente en ello se encuentra la importancia del valor y la necesidad de la filosofía en nuestro tiempo, elementos ambos que se pueden fomentar desde la reivindicación del concepto de patrimonio filosófico.

Desde mi punto de vista, la filosofía continúa teniendo hoy en día el mismo valor que tuvo desde los primeros albores del pensamiento filosófico en aquel proceso que es conocido como el paso del mito al *logos* y que se suele situar como hito del nacimiento de la filosofía. Si bien este hito fue, como hemos dicho, paulatino y en forma de proceso, no un tránsito abrupto y sorpresivo. La fuerza del patrimonio filosófico estriba en que el ser humano es un ser esencialmente filosófico, más que *homo sapiens* quizá debería conocerse a nuestra especie como *homo philosophicus*. Desde esta óptica podríamos defender que la filosofía es parte esencial de la naturaleza humana, casi como una parte intrínseca. Esa necesidad de trascender, de aprehender la realidad de los entes, ya la definió Platón en su *Fedro* como «el vuelo del alma».

Podemos realizar numerosas elecciones a lo largo de nuestra vida: dedicarnos a la religión o a la economía, estudiar arte o derecho, pero hay una elección que está por encima de nuestras posibilidades, y esta es el filosofar. No podemos elegir no filosofar. Incluso el más intransigente y antiintelectual de los individuos tendrá que adoptar una serie de medidas y de posiciones ante la vida que conllevan cierto pensamiento filosófico. Este filosofar, entendiéndolo como trascendencia, como comprensión y reflexión del ser, es intrínsecamente humano (Carpio, 2004: 13-18).

Quizá al lector escéptico al respecto del poder y la presencia de la filosofía le pueda parecer que existen otras urgencias mucho más perentorias que la filosofía: ganarse la vida, construir un mundo mejor, buscar una pareja compatible, etc. Este lector estaría en la misma línea que Platón en su *República* cuando dice que la primera obligación del ser humano consiste en tratar de satisfacer sus necesidades básicas, las más elementales: comida, bebida, un techo, ropas, seguridad, etc. Sin embargo, Platón prosigue y dice que con la mera satisfacción de estas necesidades lo único que se estaría haciendo sería mejorar nuestra condición animal, olvidando lo realmente importante, lo básico del ser humano: la *paideia*. Platón dice en la *República* que la *paideia* es lo realmente fundamental para ser trabajado y perseguido en una polis que quiera fomentar los verdaderos valores ciudadanos. *Paideia* es un concepto griego complejo que, para poder traducirlo en español, deberíamos emplear a su vez dos conceptos enormes: *paideia* es educación y cultura en una sola palabra. Pero no solo eso, la palabra emparenta en griego con la palabra *paidós*, que significa niño. Aquí podemos contemplar la fuerza de la intuición de la lengua griega que une los conceptos de educación, cultura y niño. Esta es, probablemente, una de las enseñanzas más importantes que Platón trata de transmitir en la *República*.

En esta obra platónica, de capital importancia para la historia de la humanidad, auténtico dechado de las virtudes del concepto de patrimonio filosófico, también se dice con claridad meridiana que el ser humano solo podrá realizarse mediante la salida metafórica de la caverna que Platón supo describir con tanta fuerza. Pocos mitos han tenido mayor influencia en la historia del pensamiento humano que el mito de la caverna. Puede que esto sea así por la tremenda intuición que hay en él sobre la naturaleza humana. La única manera de salir de la caverna es de la mano

de la filosofía. Además, a pesar del carácter inherente del pensamiento filosófico respecto del hombre, para salir de la caverna hay que subir una cuesta empinada y dura, es la muestra del éxito de esta metáfora, la salida que conduce a la iluminación, que nos aleja de la ignorancia, es a través de un camino escarpado que cuesta, que resulta trabajoso, que requiere esfuerzo. Ahí radica también otra paradoja, a pesar de que el ser humano no puede no filosofar, a pesar de que la filosofía es parte de la naturaleza humana, su auténtico desarrollo requiere esfuerzo. Filosofar no es como respirar, no se hace sin esfuerzo, pero es que además este esfuerzo hay que llevarlo a cabo, no se puede no hacer. El resultado será que para el pleno desarrollo vital del hombre no hay más remedio que permitir el despliegue de esa comprensión del ser que requiere la filosofía.

Aristóteles supo verlo también, pero él, fiel a su estilo, lo consignó de forma mucho más directa. En su obra *Metafísica*, cuando se halla haciendo una comparación entre la filosofía y las otras disciplinas, concluye en tono demoledor: «Más urgentes son todas [las otras disciplinas humanas], pero ninguna es mejor» (*Metafísica*, 983, a 10).

¿Para qué sirve la filosofía?

Resulta obvio que el espíritu de los tiempos no presenta una disposición favorable para los estudios de humanidades. Al presentar un concepto como el de patrimonio filosófico en unas páginas como estas, parece más que probable que la primera pregunta que suscite al lector suspicaz sea, pero ¿para qué sirve la filosofía? Debo confesar que al principio traté vanamente de buscar una respuesta adecuada. Esta, en cierta medida, es la que presento en las líneas anteriores presentadas con el encabezamiento de «el valor y la necesidad de la filosofía». Ahora

bien, quizá sea más oportuno que buscar una respuesta a esa pregunta por la utilidad de la filosofía el plantearse si el verdadero problema no es la pregunta en sí. Plantearse la utilidad de la filosofía ya lo sitúa a uno en un esquema mental concreto, heredero directo de los tiempos que nos ha tocado vivir, en los que la actitud corrosiva del mercado se ha introducido en parcelas que hasta hace bien poco le eran ajenas (Sandel, 2013: 8-20). La pregunta «¿para qué sirve la filosofía?» lo dispone a uno al servicio del principio de utilidad. El principio de utilidad es una de las deidades laicas a las que hoy se les rinde pleitesía situándolas en cada hornacina disponible. El principio de utilidad dice que un ente tiene la importancia que le otorga su utilidad, ni más ni menos. Ergo, por sí mismo, ese ente está carente de valor, solo vale en función de la utilidad que pueda desplegar. Un ejemplo podría ser un paraguas. ¿Qué es un paraguas cuando no llueve? Cuando no llueve un paraguas es un objeto engorroso, un cachivache inútil que no existiría si no existiera la lluvia. Por lo tanto, por sí mismo el paraguas no valdría nada. Ahora bien, que es el paraguas cuando llueve, una isla de tranquilidad, un círculo en el que no te quedarás empapado si estás bajo la lluvia. ¿Qué podemos extraer de esto? Que el principio de utilidad devalúa todos los entes sobre los que recae. Cuando nos preguntan para qué sirve la filosofía es como si nos preguntaran para qué sirve el hombre. La respuesta debe ser seca y contundente: para nada. El hombre no sirve para nada. La filosofía no sirve para nada. Y estas respuestas no son ningún desdoro, no representan que la filosofía o el ser humano carezcan de valor, al contrario. Al desvincular a la filosofía del principio de utilidad la estamos reivindicando, haciéndola independiente, poniendo de manifiesto su valor esencial para la naturaleza humana (Carpio, 2004). Lo útil es meramente lo que sirve, lo servil, y la filosofía podrá ser muchas cosas, pero no necesita servir a ulteriores propósitos pues

el valor lo tiene en sí misma. Todo esto es aplicable igualmente al ser humano. Así que cuando alguien presenta preguntas como la que encabeza este apartado, quizá resultaría conveniente evaluar el sentido y el enfoque que esa pregunta presupone y rebelarse contra él.

Para esta labor de réplica frente al efecto espurio del principio de utilidad me puede venir bien Martin Heidegger para quien el núcleo profundo en lo que consiste ser un hombre debe estar en la comprensión del ser, es decir, en la filosofía. Así, podríamos concluir con el pensador alemán que la esencia de la humanidad, de ese carácter de lo humano prácticamente inefable, es la reflexión filosófica, libre, por lo demás, de las cadenas del falaz principio de utilidad. La filosofía es el ser humano mismo y todo lo demás le sirve a ella, es decir, al hombre (Bermúdez, 2016: 238).

Así, si hemos seguido la línea argumental trazada en estas páginas, podremos llegar a la conclusión de que, si en lo profundo de la humanidad se halla la esencia del pensamiento filosófico, quizá la activación y el fomento del concepto de patrimonio filosófico como idea que reivindica el papel que la filosofía ha tenido en el desarrollo fundamental de la humanidad sea uno de los ejes prioritarios que convendría seguir en el futuro venidero. Entre otros motivos porque serviría para reforzar una de las características clave de «lo humano» y también porque nos dotaría de toda la armazón intelectual necesaria para hacer frente a las amenazas y desafíos que se presentan en este siglo XXI.

Sócrates, quizá uno de los padres de la filosofía, maestro de maestros y rabiosamente ágrafo, nos legó aquel apotegma demolidor: «una vida no reflexionada no merece ser vivida». Para el maestro de Atenas lo que dota de auténtico valor a la vida humana sería la reflexión filosófica. Es una muestra más que sostiene la tesis aquí defendida.

No somos los primeros, ni muchísimo menos, en vincular la supervivencia de las democracias actuales al fomento de los contenidos vinculados a las humanidades. Martha Nussbaum, premio Príncipe de Asturias en el año 2012, escribió en 2010 un alegato formidable sobre la necesidad de la filosofía: *Not for Profit. Why democracy needs the humanities* (Nussbaum, 2010). El subtítulo no puede ser más elocuente. Y con ella coinciden célebres intelectuales de todo el mundo: Nuccio Ordine (Ordine, 2013), Carlos García Gual (García Gual, 2017), William Ospina (Ospina, 2012, 2013 y 2015) y Mario Vargas Llosa (Vargas Llosa, 2015). Todos ellos han sabido dotar de una posición prominente a la filosofía como panacea para muchos de los males que aquejan a las sociedades democráticas, siendo uno de los cuales el problema de la carencia de elementos de pensamiento crítico en todos los niveles del sistema educativo.

El pensamiento crítico es competencia exclusiva de la filosofía. El resto de saberes no tiene las herramientas para plantearse la pregunta más abarcadora que existe, que es la pregunta por el ser en general. El resto de saberes, además, no puede someter a análisis al mundo sin partir de una premisa que implica un enorme «punto ciego, el de su propia concepción de la realidad, de la verdad y de lo que es, al menos científicamente, valioso. Solo la filosofía admite y transmite una práctica íntegra del pensamiento crítico, pues únicamente ella presume de actuar sin ningún presupuesto que no sea, a la vez, puesto permanentemente en duda» (Víctor Bermúdez, 2019).

Patrimonio filosófico frente a la desorientación educativa

La puesta en valor de la idea de patrimonio filosófico, trabajar en la herencia recibida de manos de la filosofía y que tanta influencia ha tenido en la creación de la sociedad actual en todos

los ámbitos (político, social, económico, cultural, etc.), puede ser una vía importante de cara a afrontar las problemáticas tan variopintas que están afectando el modelo educativo. El caso de España es paradigmático. En los poco más de 40 años de democracia se han sucedido 8 leyes educativas diversas, cada una con unos enfoques y unas perspectivas diferentes. La falta de consenso educativo ha arrojado al sistema formativo de nuestro país a las manos del desconcierto. Decía Séneca que ningún viento sopla a favor si no sabes a donde vas. No deja de resultar obvio que, si cada lustro se cambia de modelo educativo, da la impresión de que la más profunda de las desorientaciones reina en el ámbito educativo en España. Pero este problema no queda circunscrito exclusivamente a nuestro país. La mayor parte de los países occidentales y desarrollados está encontrándose con serios problemas a la hora de determinar por qué sendero educativo conviene encauzar los esfuerzos. El problema es grave, evidentemente.

Sin embargo, esta cuestión no es nueva. Si analizamos la crisis de identidad que está afectando al ámbito universitario y que es heredera directa de la crisis de las humanidades, lo podemos ver con mayor claridad. Este asunto es particularmente interesante para la defensa del concepto de patrimonio filosófico pues con la reivindicación y fomento de este podríamos presentar la solución a buena parte de los desafíos presentes.

La paulatina mercantilización de las universidades viene ya desde finales del siglo XIX. George Santayana (1863-1952), filósofo español poco conocido en nuestro país pero que fue catedrático de filosofía en la Universidad de Harvard y cuya filosofía dejó una huella indeleble en la filosofía norteamericana, ya señaló atinadamente en su autobiografía, *Personas y lugares*, la orientación que por entonces su universidad estaba tomando:

«La educación significaba preparación para la vida profesional. La universidad [...] le parecía al rector Eliot solamente un medio. El fin era el servicio en el mundo de los negocios» (Santayana, 2002: 426).

Si tomamos en consideración que por entonces Harvard ya se había convertido en icono universitario y en ejemplo a seguir nos daremos cuenta de la importancia que esta denuncia tenía. La universidad viene perdiendo su alma desde hace más de un siglo y, con ello, estamos asistiendo a la inmólación interesada de todas las disciplinas de corte humanístico en el altar de la productividad, el economicismo y los mecanismos de mercado. En esta postura hay una visión miope que no sabe mirar a largo plazo. Martha Nussbaum lo puso negro sobre blanco cuando habló de cómo hay una relación directa entre la desaparición de los contenidos humanísticos en algunos estados de la India en los años 80 del siglo pasado y el aumento de los conflictos interétnicos, luchas entre castas y enfrentamientos religiosos en ese país desde principios de este siglo XXI (Nussbaum, 2010).

La pérdida de valores que se suelen transmitir a través de las humanidades a causa de la ausencia de estas en el currículum educativo es un grave riesgo para la convivencia social. Por ejemplo, Terry Eagleton, pensador británico, publicó en 2010 un librito muy interesante titulado *On Evil*. En este libro Eagleton ofrece una definición de maldad que, para los intereses de este artículo, nos puede venir bien, si bien carece de las cualidades que debe tener una definición canónica. Eagleton dice que maldad es la ausencia total de empatía, siendo la empatía la capacidad de identificarse con los sentimientos y emociones del otro (Eagleton, 2010). La empatía consiste en mirar a los ojos a otra persona y ver a un individuo con sus pasiones, sus temores, sus sentimientos y necesidades. Pues bien, ese tipo de

valores como la empatía no se fomentan, lamentablemente, con el actual *statu quo* educativo. La paulatina desaparición de las disciplinas humanísticas pone en riesgo valores como la empatía. Donde uno debería ver un ser humano con el que hermanarse, el actual sistema educativo da la impresión de mostrar un competidor, una amenaza o un enemigo. La progresiva inoculación de conceptos como la competitividad o el individualismo en el torrente sanguíneo de la sociedad actual será la fuente de futuras amenazas y riesgos para la convivencia pacífica y en sociedad. Recordemos aquí la vieja disputa intelectual que mantuvieron el biólogo y filósofo británico Thomas Henry Huxley (abuelo de Aldous Huxley, autor de *Un mundo feliz*) y el pensador anarquista ruso Peter Kropotkin a propósito de los principios del darwinismo. Mientras que Huxley hacía hincapié en el hecho de que detrás de la teoría de la evolución había una pugna constante, una lucha sin fin llevada hasta sus últimos extremos entre individuos ansiosos por imponerse, para el anarquista ruso Kropotkin, la auténtica esencia de la evolución radicaría en el apoyo mutuo, sentando las bases de cierto desarrollo moral (Kinna, 1992: 42). Pues una imagen así nos permite dibujar con una analogía la actual situación del modelo educativo en el que, en lugar de haber un cierto equilibrio entre posturas, tenemos una imposición del modelo propuesto por Huxley.

Los fines de la universidad

En 1930 aproximadamente José Ortega y Gasset escribió un libro titulado *Misión de la universidad*. En sus páginas el autor se proponía analizar justamente lo que indicaba el título del libro: cuál debería ser la misión de la universidad. En este caso, Ortega estableció tres misiones o metas básicas que las instituciones de educación superior deberían perseguir. La primera

misión debería ser enseñar al ciudadano la cultura, cultura con mayúsculas, contribuyendo así al ideal humanista y fomentando una manera de comprender la realidad que toda sociedad tiene el derecho y el deber de perpetuar. La segunda misión debería ser fomentar la ciencia, ampliar el conocimiento humano, alejar los límites de lo que ignoramos. La tercera misión debería ser formar buenos profesionales, buenos médicos que nos curen, buenos maestros que nos enseñen a leer y a escribir y buenos arquitectos e ingenieros que construyan edificios sólidos que no se vengán abajo.

La propuesta de Ortega parece sensata y propia del sentido común tras un análisis somero de lo que debería ser la universidad. Ahora bien, lo que está teniendo lugar hoy en día en las instituciones de educación superior es que las dos primeras metas han desaparecido casi completamente y es la misión de formar buenos profesionales la que ha quedado como claramente hegemónica. El desequilibrio resultante es evidente y parece haber transformado la universidad en una formación profesional de tercer ciclo, perdiendo en el camino su esencia y su razón de ser como templo del saber, la cultura y el conocimiento.

En momentos como este, en los que las identidades de instituciones fundamentales para las sociedades contemporáneas están en peligro, resulta más oportuno que nunca la reivindicación del concepto del patrimonio filosófico para ayudar a recuperar la posición que deben tener para la ciudadanía. No da la impresión de que sea en absoluto deseable que el mercado se convierta en el que marque el ritmo de la universidad. La pérdida de autonomía que implicaría para esta supondría la desaparición de su papel como espectadora crítica de la sociedad en la que está inserta, perjudicando la libertad de pensamiento y la capacidad crítica de los ciudadanos.

De nuevo sale a relucir la idea de la recuperación del patrimonio filosófico como una auténtica panacea para esta situación descrita. De la mano de la reivindicación del concepto capital de las presentes páginas, el de patrimonio filosófico, tendría lugar una auténtica labor pedagógica que muestre a la ciudadanía la necesidad de cultivar las humanidades en todos los ámbitos y niveles del sistema educativo. El valor de la filosofía y, por ende, de las humanidades, para las democracias contemporáneas, para la convivencia pacífica entre todos, para la cultura y el patrimonio e, incluso, para la economía, no se puede cuantificar desde un punto economicista que es, por definición, reduccionista. Este valor es fundamental y con esta palabra no nos aproximamos ni mínimamente a su importancia.

La forma que todos nosotros tenemos de afrontar la realidad, de entender el mundo, es heredera directa de todo ese patrimonio intelectual recibido y del que estamos tratando de hacer aquí una seria apología. El esfuerzo en su fomento y desarrollo mejora directamente la vida de las personas y eso no resulta fácil de igualar por parte de otros ideas o conceptos. Como escribe Martha Nussbaum:

Una serie de cambios radicales están ocurriendo en lo que las sociedades democráticas enseñan a sus jóvenes, y estos cambios no han sido pensados en su justa medida. Sedientas del beneficio nacional, las naciones y sus sistemas educativos están descartando irresponsablemente una serie de capacidades que son necesarias para poder mantener las democracias vivas. De continuar por esta senda, muchas naciones de todo el mundo estarán muy pronto produciendo generaciones de máquinas útiles en lugar de formar ciudadanos completos que puedan pensar por sí mismos, criticar la tradición y entender el significado de los logros y sufrimientos de otras personas. El futuro de las democracias están juego. (Nussbaum, 2010: 2)

Conclusión

La Revolución Francesa no habría tenido lugar sin los textos de Rousseau o la *Enciclopedia* de Diderot. Esta afirmación, que encaja con el tópico filosófico, tiene el respaldo de la tradición intelectual (Aramayo, 2020). Dicho con otras palabras, no resulta aventurado sostener que la filosofía ha influido directamente en todos los acontecimientos más importantes de la historia de la humanidad. Por lo tanto, la recuperación de las ideas vinculadas al concepto de patrimonio filosófico no hará sino permitirnos estar más asentados en nuestra realidad, ser más conocedores de nuestra historia y comprender mejor los nexos causales establecidos entre pensamiento y acción.

La humanidad parece haber alcanzado una situación crítica en numerosos aspectos. El siglo XXI se presenta repleto de desafíos, de la amenaza del cambio climático hasta la aparición de la inteligencia artificial pasando por las crisis económicas, que pueden suponer un verdadero riesgo para el desarrollo y progreso de la humanidad. La puesta en valor de las fortalezas de la tradición filosófica a través de la recuperación de su patrimonio puede servir como una primera línea de defensa frente a todas estas cuestiones, pero es que hay más, el patrimonio filosófico puede servir, además, para mejorar la situación vital de la ciudadanía, convirtiéndola en un ente más asentado en su pasado intelectual, más consciente y crítico, menos vulnerable frente a los discursos sesgados y tendenciosos, más abierto a la solidaridad, la convivencia y más dispuesto a la reflexión sobre ideas como el bienestar o la felicidad.

El patrimonio filosófico permite reivindicar el valor y la necesidad de la filosofía en un momento en el que la humanidad en general está especialmente necesitada de ella.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARAMAYO, Roberto R. (2020). «Qué le debemos a la filosofía». *The Conversation*, 18 de noviembre de 2020. Disponible en: <https://theconversation.com/que-le-debemos-a-la-filosofia-150300> [consultado el 25 de marzo de 2021].
- ARCOS PUMAROLA, Jordi (2016). «Turismo cultural y patrimonio filosófico: un estado de la cuestión». *International Journal of Scientific Management Tourism*, vol. 2, n.º 3, pp. 41-62.
- (2017). «Explorando las posibilidades de la didáctica de la filosofía en el campo de la educación patrimonial: el espacio museístico como entorno educador para la filosofía». *Quaderns de filosofia*, vol. IV, n.º 1, pp. 143-158.
- BERMÚDEZ TORRES, Víctor (2019). «¿Qué es pensamiento crítico?». *El periódico Extremadura*, 20/03/2019. Disponible en: <https://www.elperiodicoextremadura.com/opinion/2019/03/20/pensamiento-critico-44047537.html> [consultado el 25 de marzo de 2021].
- BERMÚDEZ VÁZQUEZ, Manuel (2016). «El valor y la necesidad de la filosofía en el siglo XXI». En *La educación sí importa en el siglo XXI*. Madrid: Síntesis, pp. 237-246.
- (2021). «Patrimonio filosófico de Córdoba: un proyecto de turismo alternativo. Un proyecto de ciudad». En RIVERA MATEOS, M. (coord.). *El turismo en Córdoba*. Córdoba: UCOPress, pp. 275-282.
- BERMÚDEZ VÁZQUEZ, Manuel y CASARES LANDAURO, Elena (2021). «Análisis de los mecanismos posverdaderos». En *Medios y comunicación en tiempos de posverdad*. Madrid: Fragua, pp. 54-70.
- CARPIO, Adolfo P. (2004). *Principios de filosofía*. Buenos Aires: Glauco.
- D'AGOSTINI, Franca (2000). *Analíticos y continentales*. Madrid: Cátedra.

- EAGLETON, Terry (2010). *On Evil*. Yale: Yale University Press.
- EBBERS, Thomas (2014). «Museen als Denkmale. Ein Plädoyer für “Philosophie im Museum”». *Standbein Spielbein*, n.º 99, pp. 4-7.
- GARCÍA GUAL, Carlos (2017). *La luz de los lejanos faros*. Barcelona: Ariel.
- KINNA, Ruth (1992). «Kropotkin and Huxley». *Politics*, 12 (2), pp. 41-47.
- NUSSBAUM, Martha (2010). *Not for profit*. Princeton: Princeton University Press.
- ORDINE, Nuccio (2013). *La utilidad de lo inútil*. Barcelona: Acanalado.
- ORTEGA Y GASSET, José (2015). *Misión de la universidad*. Madrid: Cátedra.
- OSPINA, William (2012). *Es tarde para el hombre*. Bogotá: Mondadori.
- (2013). *La escuela de la noche*. Bogotá: Mondadori.
- (2015). *La lámpara maravillosa*. Bogotá: Penguin Random House.
- SANDEL, Michael (2013). *Lo que el dinero no puede comprar*. Madrid: Debate.
- SANTAYANA, George (2002). *Personas y lugares*. Madrid: Trotta.
- SILLERO FRESNO, Rafael (2020). *Patrimonio filosófico. Líneas de actuación* [TFG defendido en la Universidad de Córdoba].
- VARGAS LLOSA, Mario (2015). *Elogio de la educación*. Barcelona: Taurus.